

## 1. EL ANTIOQUEÑO, UN PUEBLO DIFERENTE

### 1.1 Desde la Colonia el pueblo antioqueño ha sido considerado diferente a los del resto del país.

El pueblo antioqueño ha sido considerado por propios y extraños como un grupo de un conjunto de características particulares que lo hacen diferente a cualquier otro del país. En la propia región se ha llegado a hablar, con total incongruencia, de “raza paisa”. No es algo de ahora, sino que se viene repitiendo desde la Colonia. De parte de los extraños se manifiesta de manera especial en dos aspectos particulares: El primero, un rechazo al empuje comercial y financiero de los paisas desde las primeras décadas de la vida independiente del país, y, el segundo, el asombro de viajeros y, sobre todo, de investigadores frente a la temprana industrialización de Medellín y de Antioquia, algo que, en palabras de Ann Twinam, se sale de los moldes de todo el desarrollo de América Latina, ya que “si la herencia colonial ha causado efectos nocivos para sus

economías y sus sociedades contemporáneas, la historia de los antioqueños proporciona un caso en el cual(...) demostró ser una fuerza positiva”<sup>2</sup>.

Los historiadores del pueblo antioqueño se han encontrado con una serie de enigmas a los que no dan una explicación coherente con los hechos que constatan. Por eso, al final, optan por una solución incongruente: afirmar que se trata de un “caso especial”, debido a su situación geográfica, a un hecho psicológico, sociológico, religioso o absolutamente desconocido, y otras teorías similares, pero sin ofrecer una explicación satisfactoria. Imposible que nos conformemos con afirmaciones sin sustento. ¿De dónde venimos? ¿Cuáles son nuestros ancestros? ¿Cómo se configuró este grupo especial, admirado y odiado al mismo tiempo? No se trata sólo de dilucidar un hecho histórico. Es que sin aclarar nuestro origen y desarrollo en el pasado, será muy difícil asumir nuestra verdadera identidad y proyectar nuestro futuro.

<sup>2</sup> Twinam, Ann, *Mineros, Comerciantes y Labradores*, p 242



El gobernador Francisco Silvestre en las últimas décadas de la Colonia escribía: “Así como fuerte y rica en metales, lo es de agudos ingenios y admirables talentos esta provincia. Pero, por varias causas que piden larga explicación, se apocan y esterilizan. La inclinación a litigar les es casi genial; son por lo común notados de guardosos y demasiado económicos. Tienen por lo general un gran entusiasmo de nobleza y, con él, tan engréido orgullo, que aunque todos se tratan de primos y sacan su relación de los primeros conquistadores y pobladores, ordinariamente contraen sus matrimonios en la propia familia y con muy inmediatos parentescos”.<sup>3</sup>

Algunas de estas características las repite de continuo: “El genio de los provincianos en lo exterior se presenta moderado, pero, en lo interior, hay más fondo de malicia(...) todos (son) económicos hasta la cicatería; sobrios hasta la miseria; y la mayor parte inclinados a pleitos”.<sup>4</sup> “La cavilosidad y afición a pleitear es un numen propio de los provincianos de Antioquia”.<sup>5</sup> “Se cree cumplir con la religión con los actos exteriores de devoción y la contribución de la tasada limosna, sin deshacerse de los otros resabios que cargan la conciencia, que no son pocos, y de

que no he visto hacer el escrúpulo más leve”.<sup>6</sup> Les reconoce cualidades específicas de gran valía, pero siente que se trata de un grupo humano difícil de comprender “por varias causas que piden larga explicación”.

Su sucesor, Don Antonio Mon y Velarde, resalta algunos de los defectos encontrados por su antecesor, Silvestre: “Es tal la codicia que inspira el oro a los que lo poseen, que absolutamente los domina y quita toda libertad de usarlo en sus más precisas urgencias. Sufren mil necesidades antes que desprenderse de ese maldito ídolo”.<sup>7</sup> “Está canonizado el hurto público contra el Rey y contra los particulares(...) Se venden las cosas a un ciento por ciento, y a veces a más, del precio de Cartagena, Honda y Santa Fe”.<sup>8</sup> Pero a la vez, trata de dar una primera explicación de su carácter: “La codicia del oro y la innata propensión de estas gentes a vivir en las selvas separados del trato humano, es la causa de que muchos vivan en las breñas de los montes, sepultados, contentándose con el rústico mantenimiento que produce la tierra...”<sup>9</sup> Con todo, a pesar de sus defectos, no teme profetizarle a todo el pueblo un futuro brillante: “Aquella Provincia, la más atrasada del Reino, llegará a ser algún día la más opulenta”.<sup>10</sup>

<sup>3</sup> En Mesa, Carlos E., *La Iglesia en Antioquia*, p 150

<sup>4</sup> Silvestre, Francisco, *Relación de la Provincia de Antioquia*, p 187

<sup>5</sup> O. c. p. 232

<sup>6</sup> O. c. p. 239

<sup>7</sup> En Arango Jaramillo, Mario, *Los Funerales de Antioquia la Grande*, p. 74

<sup>8</sup> *Ibidem*

<sup>9</sup> Robledo Emilio, *Bosquejo 1*, p. 199

<sup>10</sup> *Ibidem*

Pocas décadas más tarde, tras la independencia del país, ya empezaba a cumplirse su profecía. El historiador José Manuel Restrepo, antioqueño, narra la historia del país muy inmediatamente después de los acontecimientos. En el primer volumen de su *Historia de la Revolución de Colombia* habla ya con admiración de su tierra y de su gente: “Antioquia, provincia bastante adelantada en población y recursos, famosa por sus ricas minas de oro(...) brillaba por sus establecimientos y por la parte activa que había tomado en consolidar la Independencia”. De un cambio tan súbito y radical, frente a las impresiones de Silvestre y, en parte, del propio Mon y Velarde, habrá que buscar una explicación satisfactoria.

## 1.2 Relatos de visitantes durante el siglo XIX

Las apreciaciones de muchos viajeros, que dejaron por escrito sus impresiones al paso por Antioquia desde esa misma época hasta ya entrado el siglo XX, nos muestran la gran diferencia del pueblo antioqueño con las otras regiones del país y aun de Latinoamérica que constatan sobre el terreno. Veamos algunas de las más representativas, aunque su número y calidad es mucho mayor y se prolonga hasta hoy.

En 1825 el geólogo y mineralogista francés, Juan Bautista Bousignault “estuvo en Medellín y allí percibió una bonita y encantadora ciudad(...) Por todas partes observó gran animación comercial(...) En fin, consideró, después de recorrer gran parte del país, que en ningún lugar de la República había pasado tan bien como en la Provincia de Antioquia y aseguró que *si París no existiera, decidiría vivir en Medellín*, pues, además del temperamento delicioso, le gustó muchísimo el trato de sus gentes”.<sup>11</sup>

Un año más tarde, entre marzo y abril de 1826, el teniente de Marina y Representante sueco, Carl August Gosselman, visitó el Departamento. Dice que los habitantes de Antioquia están “encerrados por las alturas montañosas, y han logrado conservar sus costumbres típicas, a diferencia de lo que ocurre con los de las provincias cercanas(...) Se encuentran (aun entre los ricos) las características centrales de los montañeses, al tiempo que en las clases pobres se observa un sentido de la honestidad y del buen servicio. Los grados de educación y formación son bastante elevados”<sup>12</sup> “Se puede decir, en general, tanto en el aspecto físico como en el político, que Antioquia es una de las provincias más extraordinarias de Colombia.”<sup>13</sup>

<sup>11</sup> Ortiz, Luis Javier, *Viajeros y forasteros en Medellín, siglos XIX y XX*, En *Historia de Medellín*, I, p. 289

<sup>12</sup> O. c., 290

<sup>13</sup> En Villegas, Luis Javier, *Las vías de legitimación de un Poder*, p 11

Un cuarto de siglo más tarde, en 1851, Manuel Pombo, abogado payanés, periodista, magistrado y especialista en hacienda pública, llega a Medellín proveniente de Bogotá. Después de tratar con su gente, dice que “los antioqueños reúnen muchas condiciones de yanquis.”<sup>14</sup> En 1852 llegó a Medellín el Coronel Agustín Codazzi, director de la Comisión Corográfica. “Se sorprendió al ver la ciudad y, aunque la comparó peyorativamente con un oasis, pues para llegar a ella desde cualquier punto hay más dificultades y obstáculos que los que se presentan para atravesar el desierto” con todo, admira que “el hijo de la antigua Antioquia, comparativamente con los de otras secciones de la República, es el que más ha viajado al continente europeo, llevando allá su oro y trayendo toda clase mercancías”<sup>15</sup>, a pesar de no tener una sola vía comercial para comunicarse con el resto de la República. “Codazzi sostuvo que el antioqueño era el más dedicado a las especulaciones comerciales, quien más se esmeraba en aumentar su fortuna, y más prontamente formaba nuevas familias; era trabajador, sobrio, fuerte, robusto y poseía inteligencia”.<sup>16</sup> Los pobladores “se hallan dotados de una rara inteligencia y de un grande espíritu de empresa y de especulación, desde los pudientes hasta los hombres del pueblo”.<sup>17</sup>

Emiro Kastos (seudónimo de Juan de Dios Restrepo), antioqueño, en un viaje de Bogotá a Medellín en el mismo año 1852, hace las siguientes apreciaciones: “Las costumbres son frías y ceremoniosas; los hombres no se reúnen sino para tratar cuestiones de dinero; reina un individualismo tan completo y tal idolatría por el *yo*, que puede asegurarse que aquí hay hombres, pero no sociedad. No conciben que se haya nacido para otra cosa que para comprar y vender, y, fuera del dinero, nada les merece atenciones ni respetos(...) (Son) egoístas en negocios, retrógrados en política, incapaces de un sentimiento generoso(...) Las mujeres, con excepciones, participan del carácter frío y poco comunicativo de los hombres. Son generalmente altas, esbeltas y tienen facciones distinguidas(...) Como consecuencia de la vida claustral que llevan, tienen más virtudes domésticas que dotes de sociedad. En la vida de familia(...) ostentan cualidades admirables. Su lealtad como esposas y la afectuosa consagración a sus hijos como madres, suelen inspirarles un orgullo legítimo, aunque a veces exagerado...”

“La prosperidad de Antioquia no depende precisamente de la riqueza de sus minas, sino del genio de sus habitantes y de la austeridad de sus costumbres(...) Predomina en

<sup>14</sup> Ortiz, Luis Javier, O. c. p 291

<sup>15</sup> *Ibidem*

<sup>16</sup> *Ibidem*

<sup>17</sup> Villegas, Luis Javier, O. c, p 17

todos el buen sentido, la formalidad y el claro instinto de los negocios. En su corazón, el deseo de adquirir es sentimiento dominante, y esta pasión los hace, como al yanqui, realizar prodigios. Todo el mundo quiere ser propietario, y el que no posee caudal efectivo, lo tiene en la imaginación(...) La adquisición, consecuencia del amor al trabajo, virtud muy general en estos pueblos, da independencia y moralidad al hombre(...) La moralidad de las costumbres débese también a la pasión que tienen por la vida en familia y a lo popular que entre ellos es el matrimonio. Sobre todo en las parroquias, las aldeas y los campos, todo hombre pobre o rico se casa apenas cumple dieciocho o veinte años.”<sup>18</sup>

En 1858 el médico y botánico francés, Charles Saffray visita a Medellín. Según él: “Cada cual se jacta de descender en línea recta de hidalgos de sangre azul(...) (Pero) el dinero es lo único que da a cada cual su valor(...) Un hombre se enriquece por la usura, los fraudes comerciales, la fabricación de moneda falsa u otros medios por el estilo, y se dice de él: ¡*Es muy ingenioso!*. Si debe su fortuna a estafas o a las trampas en el juego sólo dicen: ¡*Sabe mucho!*. Pero si piden informes sobre una persona que nada tenga que echarse en cara sobre este punto, contéstase invariablemente: *Es un buen sujeto, pero muy pobre.*”<sup>19</sup>

A los antioqueños en general los describe así: “Son laboriosos, inteligentes y sobrios. El amor a la propiedad está muy desarrollado en ellos; cada cual quiere tener un rincón de tierra suyo, y casi todos lo consiguen(...) El natural de Antioquia es muy amante de su patria(...) El antioqueño, propietario de un campo y acostumbrado a una vida tranquila y honrada, es enemigo de las revoluciones(...) Aquí se emplea mejor el tiempo. El comercio, la industria y la agricultura ofrecen recursos inagotables, y cada cual se esfuerza por adquirir un modesto bienestar, pero, a causa de la misma sencillez de gustos y las limitadas aspiraciones, no se aprovecha sino de una pequeña parte de las riquezas que tiene a mano.” Dice, además, que “en Medellín no hay conciertos, ni teatros, ni crónica; más bien mucha maledicencia, chismografía y una gran ausencia de temas culturales”.<sup>20</sup> (Subraya mía)

Pasan más de dos décadas y ahora es el geógrafo, economista y escritor alemán Friedrich von Schenck, quien visita a Antioquia en 1880. Hablando de Medellín comenta: “Talvez existen pocas ciudades de las mismas proporciones en Sudamérica donde haya tantos capitales concentrados, y el número de familias que pueden calificarse como ricas es enorme, no obstante que llevan una vida, con raras

<sup>18</sup> Ortiz, Luis Javier, en O. c. p 292-293

<sup>19</sup> *Ibidem*

<sup>20</sup> *Ibidem*



excepciones, que no deja sospechar su riqueza, generalmente obtenida por el comercio y la minería y, menos frecuentemente, por la ganadería y la agricultura”.<sup>21</sup>

Lo mismo comenta en la década siguiente Jorge Brisson: “En los almacenes se mueve un importante comercio de importación y exportación a tal punto que es en Medellín donde existen los más fuertes capitales de la República.” Y concluye: “la vida es muy seria en Medellín, pues toda ella es de trabajo, de tráfico, de familia o doméstica. No hay distracciones, pero sí se revela gusto por la lectura”.<sup>22</sup>

A fines del siglo llega el francés Pierre D’Espagnat. Señala que en casi todas las familias existen “víctimas voluntarias ofrecidas al renunciamento del claustro”; que la mujer posee “una ardiente convicción religiosa”. En cuanto a los varones sostiene que, comparados con los ciudadanos de la capital, “los burgueses de Medellín tienen un espíritu más áspero, más yanqui, tienen algo de positivo, de cruelmente práctico, algo a lo que, en definitiva, se subordinan todas las relaciones sociales(...) Se da uno cuenta que nunca se traspasarán aquí los límites de la cortesía sincera pero estricta y fría de los negocios. Es, pues, natural que en Medellín casi

no se reciba; que se salga poco; que se viva una vida de familia que, vista desde la calle por el que está de paso, parece estricta y de un aspecto más bien rígido, y, me pregunto si bajo este exterior apacible no se oculta la inquietud constante, la impaciencia eterna, el deseo carcomedor y falaz, por ser ilimitado y sin objeto, que es la esencia misma del carácter hebreo(...)

“Sí, es una raza judía, fuerte, ágil, vivaz y complicada, la que explota esta tierra. Existe el oro de los placeres, la plata de las entrañas de los filones, el azúcar y el café de los jugos de la gleba, y con ese oro, esa plata, ese café y ese azúcar constituye capitales, gira cheques sobre Londres, letras sobre París; en una palabra, hace dinero con el mismo apresuramiento frío y con la misma altivez concentrada con que el *businessman* de Nueva York, en mangas de camisa en su oficina de Wall Street, os dirá, doblando la palma de su mano rapaz: *I make money*”.<sup>23</sup> (Subrayas mías)

A principios del siglo XX, en 1907, el santandereano Hermes García G. visita a Antioquia y en su libro *La tierra de Robledo* afirma que: “la sociedad antioqueña desde sus orígenes ha tenido un elemento étnico inalterable, una raza inte-

<sup>21</sup> *Ibidem*

<sup>22</sup> *Ibidem*

<sup>23</sup> *En O. c. p 298*

ligente y enérgica, sin ascendencia africana o indígena, por lo que en los demás departamentos se le atribuye una genealogía aparte y, por ciertos rasgos morales y físicos, hasta relaciones de consanguinidad con la raza semítica”.<sup>24</sup> (Subrayas mías.)

En todos los testimonios anteriores se destacan características que muestran al antioqueño como un pueblo muy diferente al resto del país. ¿De dónde provienen tales diferencias? Para la mayoría, su origen es un completo enigma. Algunos se atreven a comparar a los antioqueños con los *yanquis*. Con todo, en los dos últimos testimonios aflora, como causa explicativa, un supuesto origen judío de los antioqueños. D’Espagnat lo afirma como un hecho incuestionable: “*Es una raza judía*” y García sostiene que: “desde los orígenes ha tenido un elemento étnico inalterable(...) de consanguinidad con la raza semítica”, es decir, judía.

No era la primera vez que se afirmaba que los antioqueños descendían de judíos. Ya hacía más de medio siglo que se había entablado una agria polémica, principalmente entre bogotanos y antioqueños, la cual se prolongaría algunas décadas más, hasta casi extinguirse, en la tercera década del siglo XX. Veamos algunos de los documentos más significativos de esa polémica que se encendió en 1844. Lo expresado

por García sobre *la inexistencia de un ancestro indígena y africano*, lo dejamos para analizar más adelante.

### 1.3 El supuesto ancestro judío de los antioqueños se convierte en polémica

Antes de entrar a la polémica es preciso conocer un documento anterior a ella, que permaneció desconocido hasta mucho después, cuando en el fragor de la misma lo sacó a relucir en 1882 el *Diario de Cundinamarca*, al pie de un editorial de Florentino Vezga, precisamente para reforzar su diatriba contra los antioqueños por su supuesto origen judío. Se trata de la obra escrita por el Oidor Manuel Antonio del Campo y Rivas en 1803, titulada: *Compendio histórico de la fundación, progreso y estado actual de la ciudad de Cartago en la Provincia de Popayán*.<sup>25</sup>

En ella asevera que los antioqueños descienden de judíos. Más aún, al hablar de Jorge Robledo, el fundador de Cartago, su ciudad natal, afirma: “El Mariscal(...) trajo bastantes familias jitanas(...) Los jitanos se bajaron todos al Valle de Aburrá(...) i allí se han aumentado en todo este dilatado país(...) Estos jitanos **son judíos** establecidos desde el tiempo de los Faraones en Egipto, ricos, corrompidos e idólatras(...) que vinieron con los árabes

<sup>24</sup> En O. c. p 299

<sup>25</sup> Campo y Rivas, *Historia de la conquista, en Mesa Bernal, Daniel, O. c., p. 41*



a la península (ibérica)... De los judíos de que hemos hablado i su mezcla con las indias, -porque el Mariscal sí obligó a sus soldados a casarse con las indias-, es casi toda la jente que hay en esa comarca; debemos, sin embargo, exceptuar las ciudades de Antioquia, Arma i Caramanta, donde hai alguna nobleza española...

“(Es que) el Mariscal y su teniente, Suero de Navas, siguieron la laudable costumbre, que otros conquistadores despreciaron, de hacer casar a los colonos, i no permitían repartir las indias ni hacer bigamias; así fue que no hubo uno solo que no fuera obligado al matrimonio, si era soltero en España. De aquí nace que en este país se verifiquen tantos matrimonios, siendo práctica ya inconcusa el casarse desde mui jóvenes(...) (Sin embargo, a pesar de su ascendencia judía) todos son buenos católicos i súbditos fieles(...) Juzgamos que las circunstancias de ser cristianos nuevos, o sea, tornadizos, los hizo tomar con empeño nuestra sagrada relijión, temerosos, tal vez, de ser perseguidos por la Santa Inquisición(...) I de observarse es, también, el haber dejado, en algo, su incansable veleidad de andar i apropiarse de tierras para poblar(...) *En mucho debe haber contribuido a su nueva i regular índole el entronque de los indios...*”<sup>26</sup>

Aquello de “haber dejado, en algo, la incansable veleidad de andar i apropiarse de tierras para poblar” comenzaba en ese preciso momento a ser desmentido, con el inicio, que el Oidor no podía conocer, de la colonización que partió de Sonsón y Abejorral hacia el Sur y que llegaría hasta más allá de Cartago, su tierra. Con todo, las aseveraciones, anteriores a cualquier polémica, del doble ancestro de los antioqueños: **indígena y judío**, no menos que su carácter de **buenos católicos**, son algo que no se puede tratar como un simple argumento pasional, como se trató de hacer mucho más tarde.

Mario Arango describe así la primera gran intrusión del espíritu mercantil de los antioqueños en Bogotá desde el mismo momento de la declaración de Independencia: “Desde los inicios de la República los comerciantes antioqueños se convirtieron en prestamistas del gobierno nacional(...) Entre 1811 y 1822 los comerciantes antioqueños contribuyeron a la independencia con \$ 1.280.916”.<sup>27</sup> Fueron precisamente unos antioqueños los comisionados por Santander para gestionar cuantiosos préstamos ante el gobierno inglés, que provocaron sonados escándalos, especialmente el primero, del cual se encargó el prócer Francisco Antonio Zea.

<sup>26</sup> O. c. p 169 y sig.

<sup>27</sup> Arango, Mario, *Los funerales de Antioquia la Grande*, p 75



Otros dos antioqueños, Francisco Montoya y Juan Manuel Arrubla fueron nombrados negociadores de un segundo préstamo por 30 millones de pesos en Londres. “Por este servicio recibieron en Londres comisiones por 20.137 libras esterlinas cada uno, suma considerable, como la califica Joaquín Posada Gutiérrez en sus *Memorias*, con las cuales pudieron legítimamente dar ensanche a sus negocios, y de aquí la envidia que se les tuvo”.<sup>28</sup> Nada raro que pocos años más tarde, Montoya controlara, junto con otro antioqueño, Carlos Sáenz, las exportaciones colombianas de tabaco. El mismo Montoya, hacia 1850, figuraba entre los seis colombianos más ricos del país, siendo sus colegas otros tres antioqueños, un cucuteño y un samario.

Según Ann Twinam en su obra *Mineros, comerciantes y labradores* “La década de 1840 corresponde a la expansión de las inversiones antioqueñas en los mercados nacionales, lo cual pudo haber despertado los celos de la competencia bogotana, tal vez no tan bien financiada”.<sup>29</sup> Su espíritu mercantilista y financiero fue precisamente lo que desató la polémica. El primer escrito en que los tildaban de judíos apareció en un periódico bogotano llamado *El Día*, en 1844. En él se decía: “¿Veis a esos solícitos y acti-

vos usureros, de rostro hebraico y corazón empedernido, amigos de su convivencia y enemigos de la ajena, incapaces de complacer a nadie, ni aun a su misma familia? Pues reparadlos bien y apostad mil contra uno a que descienden por línea recta de los **miembros de esa raza deicida** que, perseguidos por Felipe II, vinieron de polizones a América, ocultando su nombre verdadero y su origen, y cuyos descendientes son hoy el tormento de cuantos individuos...”.<sup>30</sup> (Subraya mía).

Eran términos deliberadamente ofensivos, ya que los tildaban, no simplemente de judíos, sino de miembros de “la raza deicida”, atacando y cuestionando así algo que para ellos era lo más sagrado, su profundo cristianismo. Es lo que destaca Daniel Mesa Bernal: “Entre 1844 y 1880 los diarios bogotanos trataban a los antioqueños de avaros, fraudulentos, políticos villanos, barbudos, judíos y maiceros y **descendientes de los autores del deicidio**”.<sup>31</sup> Algo muy diferente hubiera sido, quizás, que les reprocharan sólo sus mañas y trucos mercantiles. (Subraya mía).

La respuesta no se hizo esperar. En 1851, el gran poeta antioqueño, cantor del maíz, Gregorio Gutiérrez González, publicó un relato en prosa, *Felipe*. Su protagonista es un

<sup>28</sup> O. c. p 76

<sup>29</sup> Twinam Ann, *Mineros comerciantes y labradores*, p 30

<sup>30</sup> En Mesa Bernal, O. c., p 120

<sup>31</sup> Mesa Bernal, Daniel, O. c., p 123



bogotano que viene a Medellín y se prenda de una hermosa joven, pero el padre de ella lo rechaza porque “es un literato... un poeta... que hace versos(...) es (de) esos hombres entregados al estudio, (que) no sirven para nada”, por lo cual, decepcionado, sale de regreso hacia Bogotá acompañado por el poeta hasta el alto de Santa Elena, donde escribe el siguiente poema:

“De una ciudad, el cielo cristalino  
Brilla azul como el ala de un querube,  
Y de su suelo cual jardín divino  
Hasta los cielos el aroma sube;  
Bajo ese cielo no se ve una nube(...)

(...) Y en esa tierra encantadora habita.

**La raza infame, de su Dios maldita.**

Raza de mercaderes que especula  
Con todo y sobre todo, raza impía,  
Por cuyas venas sin calor circula  
La sangre vil de la nación judía,  
Y pesos sobre pesos acumula  
El precio de su honor, su mercancía.  
Y como sólo al interés se atiende,  
Todo se compra allí, todo se vende.”<sup>32</sup> (Subraya mía)

Aunque muchos opinan que el poeta acepta la sindicación del bogotano y lo crean defensor del ancestro judío de los antioqueños, sin embargo, por las expresiones que utiliza: “**La raza infame, de su Dios maldita... Raza impía... La sangre vil de la nación ju-**

**día**”, absolutamente contrarias y ofensivas de sus sentimientos cristianos, más bien se debe pensar que la rechaza. Es que esas frases son precisamente las de un enemigo bogotano que sale decepcionado del espíritu mercantil que encuentra en la ciudad.

En 1868, el prestigioso literato bogotano, José María Vergara y Vergara, vuelve a la carga tildando a los antioqueños de judíos. “Él anotaba, dice Ann Twinam, en su *Historia de la Literatura*, que el Estado de Antioquia había sido poblado por una colonia de judíos y lo confirmaba mostrando la semejanza entre ciertos apellidos antioqueños y judíos, comentando la particular belleza “judía” de las mujeres paisas, y señalando el carácter “comercial” innato de sus habitantes”.<sup>33</sup>

Menos de una década después, en 1875, José María Samper se mofa de que el Gobernador de Antioquia fuese servido por “judíos de la política”. El Doctor Mariano Ospina Rodríguez le replica de inmediato con su escrito *Los israelitas y los antioqueños*, donde afirma que: “la tesis sobre el origen judío de los paisas, repetida desde hace 20 ó 30 años, carece de validez, ya que estuvo siempre prohibido que los judíos vinieran a América, aunque estuvieran convertidos”.<sup>34</sup> Esta afirmación, dado el gran prestigio de su autor, se convertirá desde enton-

<sup>32</sup> Gutiérrez González, Gregorio, *Obras completas*, p 382-3

<sup>33</sup> Twinam, Ann, *O. c.*, p 28

<sup>34</sup> Ospina Rodríguez, Mariano, *Los israelitas y los antioqueños*, en Mesa Bernal, Daniel, *O. c.*, p

ces, para gran parte de los antioqueños, en prueba irrefutable de la falsedad de la herencia judía.

En 1892, cuarto centenario del descubrimiento de América, se llega al clímax de los ataques bogotanos contra los antioqueños, (al menos, en opinión de éstos) con el discurso que la Sra. Soledad Acosta de Samper como delegado oficial del gobierno de Colombia, pronunció en Huelva, España, en el IX Congreso de Americanistas, titulado: *Memoria sobre el establecimiento de hebreos en el Departamento de Antioquia*. En él, Doña Soledad se vale de la obra: *Origen de los Americanos, esto es, Esperanza de Israel*, publicada por Menasseh ben Israel en 1650 y recién reeditada en Madrid en 1881 por Santiago Pérez Junquera, para sugerir que en Antioquia vivía desde antiguo una colonia de judíos que visitó el hebreo Aarón Levi (Antonio Montesinos) en 1642.

Montesinos sitúa la supuesta colonia de judíos en el camino del Río Nare, que fue durante casi toda la Colonia la principal entrada desde el Magdalena a Marinilla, Rionegro, Medellín y Antioquia. La Sra. Soledad da pleno crédito a la historia y al final se pregunta: “¿De qué manera se amalgamaron los judíos con los pobladores españoles sin que estos lo supiesen? ¿Cómo se mez-

claron esas familias hebreas con los colonos peninsulares? No lo sabe nadie. Hasta ahora no he podido encontrar documentos, ni el menor indicio claro que nos dé luz sobre este suceso curiosísimo. Puede ser que algún día se halle algo que nos lo revele”.<sup>35</sup>

Hay que aclarar que la conferencista, no sólo no afirma, sino que niega rotundamente que en Antioquia hubiera existido una de las tribus perdidas de Israel antes de la llegada de los españoles. Los judíos que, supuestamente, encontró Montesinos, debieron llegar por el Río Magdalena en tiempo de las expediciones de Jiménez de Quesada y los demás conquistadores que, en busca de El Dorado, llegaron a la Sabana de Bogotá hacia 1538. Se trataría de un grupo de conversos que llegó después del descubrimiento y que, quizás, pudo por algún lapso volver a todas sus prácticas judías en sus primeros tiempos.

Lo curioso es que Doña Soledad en esta conferencia, que para muchos antioqueños fue un insulto ignominioso, hace una de las descripciones más bellas de su pueblo, con luces y sombras, por supuesto “Es esa, dice, una raza trabajadora, activísima, frugal, inteligente, muy dada a economizar, amantísima de la propiedad, hasta sacrificar vida y comodidades para conseguir rique-

<sup>35</sup> Acosta de Samper, Soledad, *Memoria sobre el establecimiento de hebreos en el Departamento de Antioquia*, en Mesa Bernal Daniel, O. c., p 191



zas... La vida del antioqueño es patriarcal y las familias son numerosísimas(...) Las mujeres son quizás las más hermosas de toda Colombia y podían servir como modelos para pintar una Judit, una Rebeca, una Ester. Excelentes y abnegadas, conservan en sus hogares las costumbres más sencillas del pueblo de Abraham...

“Otra costumbre hebrea es la de usar afeites y colorete(...) Todas las mujeres se pintan con la misma naturalidad que en otras partes se lavan el rostro(...) Jamás hay reuniones en donde se vean los jóvenes de uno y otro sexo(...) El baile está vedado a las niñas como diversión pecaminosa(...) El huésped, es inviolable(...) El patio sembrado de flores, el aseo y la compostura por todas partes, revelan que allí reina el trabajo y la abundancia, la familia y la mujer(...) Como sus antepasados israelitas, el habitante de Antioquia nada tiene de artista y carece enteramente de sentimiento estético. Salvo la poesía(...) y la música(...) los antioqueños no son artistas, ni comprenden el sentimiento de lo bello como un arte”.<sup>36</sup>

A pesar de esto, el rechazo de parte de los antioqueños no se hizo esperar. El Dr. José Ignacio Pérez le dice en carta abierta: “Permítame que le haga notar, con el mayor respeto, que no me explico por

qué, siendo Ud. delegada oficial de Colombia y debiendo, por razón de ese carácter, ser discreta, seria e imparcial, aprovecha esta misma posición para insultar a Antioquia”.<sup>37</sup> En su misiva llega hasta reprocharle el que utilizara los impuestos que tributan los propios antioqueños para denigrar de ellos. Muchos años más adelante, los Doctores Carlos E. Restrepo y Emilio Robledo se referirán al escrito de Doña Soledad como a “dislates de la señora Delegada oficial”.<sup>38</sup>

En cambio, otros antioqueños, no sólo aceptan el ancestro judío, sino que hasta se enorgullecen de él. Entre ellos, muchos de nuestros grandes literatos: Carrasquilla, Efegómez, León de Greiff, Fernando González, Manuel Mejía Vallejo y muchos más. Porfirio Barba Jacob canta orgulloso: “Soy antioqueño, soy de la raza judaica, gran productora de melancolía(...) y vivo como un gentil que no espera ningún Mesías” y en su poema *Del poeta*, apunta: “A un doncel ciñe la fértil musa, / y a un bardo espera la blonda niña, / una antioqueña flor de Israel”.

El inmortal autor de *María*, el judío Jorge Isaacs, no era antioqueño, pero amaba tan intensamente a Antioquia que aquí quiso ser sepultado, como de hecho lo fue en el Cementerio de San Pedro de Medellín. He aquí parte de su célebre

<sup>36</sup> O. c., p 192

<sup>37</sup> Citado en Mesa Bernal, Daniel, O. c., pp 34-35

<sup>38</sup> Citado Ibidem.

poema *La tierra de Córdoba*, en el cual, la afirmación de los que querían insultar a los antioqueños, la vuelve en favor de los insultados, y ¡con qué ardor y orgullo!

“¿De qué raza descendes, pueblo altivo,  
 Titán laborador,  
 Rey de las selvas vírgenes y de los montes níveos  
 Que tornas en vergeles imperios del cóndor? (...)

Has repudiado la ominosa herencia  
 Del íbero cruel,  
 Ni la labor es suya, ni suya la belleza,  
 Que gala es de tus hijas y orgullo de Israel”.<sup>39</sup>

Ni siquiera la voz del vate pudo prevalecer, acallada por la de personas supuestamente más encumbradas por el poder o la ciencia. El General Rafael Uribe Uribe dirigió una serie de cartas a Isaacs, que se publicaron en *El Movimiento*. “No hay razón, dice, para que se pretenda atribuirnos la ascendencia judía”.<sup>40</sup> Otro tanto hicieron los presidentes Carlos E. Restrepo y Marco Fidel Suárez, y, aún con más energía, el Dr. Emilio Robledo, quien trató de rebatir la tesis del origen judío en dos escritos importantes: uno, el prólogo a las *Genealogías de Antioquia y Caldas* de Gabriel Arango Mejía y, otro, una

concurrida conferencia en la Universidad de Antioquia en 1922, en la cual expresaba: “el calificativo de judíos ha servido como la lengua de Esopo para hacernos aparecer como gentes de grandes cualidades, pero también como pillos de la playa...”<sup>41</sup>

Uribe Uribe y Robledo, principalmente, crearon una especie de antídoto, un antimito, afirmando que la idiosincrasia particular del pueblo antioqueño se debe a su origen “vasco”. Se basan en los apellidos de algunas familias antioqueñas, y afirman que en ellas se advierte una identidad de costumbres con el pueblo vasco. Claro que a Antioquia vino un pequeño número de vascos. Pero que estos, por sí solos, hubieran creado una idiosincrasia tan similar a la judía, es algo que sobrepasa los límites de la imaginación. Sin embargo, su autoridad hizo que este aserto se convirtiera en razón “imbatible” para negar el ancestro judío.

Hoy llamaríamos este ardid una “cortina de humo” para ocultar un orgullo sin fundamento. Con él, ponían a los otros a refutar una tesis que nadie había enunciado en cuatro largos siglos de historia del pueblo antioqueño y que, como veremos, no tiene sustento a la luz de un auténtico origen genético. La autoridad de tan excelsos persona-

<sup>39</sup> Isaacs, Jorge, *La tierra de Córdoba*, en Mesa Bernal, Daniel, O. c., p. 204

<sup>40</sup> En Mesa Bernal, Daniel, O. c., p. 205

<sup>41</sup> En Mesa Bernal, O. c., p. 207

jes, la aseveración de Ospina Rodríguez de que los Reyes de España tenían prohibida la emigración de judíos y aun conversos a América y, finalmente, el argumento “teológico” (¿?) del P. Félix Restrepo S. J. de que, si somos católicos no podemos descender de la “raza deicida”, hicieron que por muchísimos años se negara rotundamente la llegada de judíos conversos a Antioquia.

Hasta dónde llega el ancestro genético vasco del pueblo antioqueño lo veremos más adelante. Pero, el hecho de que hubiera venido un grupo de ellos, no necesariamente niega la posible llegada de judíos conversos. En cuanto al argumento de Ospina Rodríguez, vale la pena preguntarse si será que en España, y menos aún en nuestra tierra, las leyes se cumplen. ¿No decía Belalcázar, el jefe de Robledo: “Las leyes se obedecen, pero no se cumplen?” La mayoría de los conversos que emigraba de España lo hacía subrepticamente. Y, finalmente, la última razón del P. Félix Restrepo no puede ser más ilógica. ¿No eran Jesús, su Madre y sus Apóstoles judíos y, como tales, hijos de la raza deicida?

#### 1. 4 Explicación de los investigadores extranjeros acerca de la temprana industrialización del pueblo antioqueño

Ya desde la década de 1920 la industrialización temprana de Mede-

llín había llamado la atención de los extranjeros. El Dr. F. Miller, en 1922, en un informe al International Health Board de la Rockefeller Institution decía: “El Departamento de Antioquia (es el) de mayor superficie y población y el más importante de la República de Colombia(...) Su población es casi toda de origen judío, pues fue allí donde se establecieron éstos cuando fueron desalojados de España y, debido a la índole heredada de esta raza, los antioqueños han logrado que su Departamento sea el primero en finanzas e industrias en todo el país”.<sup>42</sup>

Tras la segunda guerra mundial, de nuevo el pueblo antioqueño empezó a llamar la atención de los investigadores, especialmente estadounidenses. Antioquia era un caso atípico en Latinoamérica digno de profundizar, pues era notable su temprana industrialización, a pesar de encontrarse aislada y de las descripciones pesimistas del Gobernador Silvestre, para quien, si algún rincón de la Nueva Granada parecía no tener futuro, era Antioquia. Ahora, siglo y medio después, era un Departamento pujante, pionero del desarrollo industrial, con un fuerte núcleo de sociedades anónimas, una banca y un comercio similares a los de los países desarrollados, y muy diferente a la mayoría de regiones de Colombia.

El primero que trató de explicar su temprana industrialización fue el

<sup>42</sup> En Mesa Bernal, Daniel. *Polémica...* p 132

geógrafo James Parsons con una obra que causó gran sensación *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*, publicada en 1950 y reeditada varias veces después. Según él: “la explotación de las minas ha sido siempre en razón del trabajo libre, porque en los tiempos coloniales el suministro de indios y negros esclavos era insuficiente. El concepto de riqueza no estaba vinculado a(...) la tierra, sino más bien al trabajo duro y a la iniciativa(...) En las nuevas tierras volcánicas al sur y al oeste, la naturaleza profundamente quebrantada de la región, y el espíritu de autonomía libre e independiente se combinaron para producir este **caso rarísimo** de una sociedad democrática de pequeños propietarios en un continente dominado por un latifundismo latino tradicional.”<sup>43</sup> (Subraya mía)

Everett E. Hagen, en su obra *El cambio social en Colombia, el factor humano en el desarrollo económico*, publicada en 1963, abandona la tesis geográfica de Parsons y busca, más bien, una sicológica. Lo que impulsó a los antioqueños al éxito empresarial fue la reacción a una “pérdida de status” ocurrida en el siglo XVII cuando el sector minero sufrió una depresión y la mano de obra nativa escaseó; los paisas tuvieron que dedicarse al trabajo

manual, lo que hizo que los demás colombianos, sobre todo en la Capital del Virreinato, los despreciaran. Para reforzar su tesis y rechazar el posible origen judío, retoma la tesis del origen vasco.

En 1966 se esboza una nueva teoría, ahora de orden sociológico. A. Eugene Havens publicó una monografía sobre la estructura y dinámica social de Támesis, un pequeño municipio del suroeste de Antioquia colonizado tardíamente durante la segunda mitad del siglo XIX. El autor atribuye la forma peculiar de poblamiento rural a cuatro factores interdependientes: El primero, la disponibilidad de tierras fértiles accesibles libremente o a bajo costo; el segundo, la elevada tasa de crecimiento demográfico; el tercero, la valoración social de la propiedad agraria y el trabajo independiente; el cuarto, el espíritu de independencia, la capacidad de trabajo y, en general, el ethos aventurero, diligente y astuto de los antioqueños. Álvaro López Toro lo rebate: “Un análisis muy preliminar(...) nos hace pensar que su evidencia es poco convincente, ya que no prueba la existencia de tales factores, y, mucho menos, su interdependencia.”<sup>44</sup> Otros dos norteamericanos, Frank Safford y Roger Brew interpretan de forma similar, aunque con pequeñas variantes, el hecho antioqueño.

<sup>43</sup> En López Toro, Álvaro, *Migración y cambio social en Antioquia durante el siglo diecinueve*, p 87-88

<sup>44</sup> O. c., p 100

La última en hacerlo es Ann Twinam, en 1982, con su obra *Mineros, comerciantes y labradores, las raíces del espíritu empresarial de Antioquia, 1763-1810*. Es una obra muy documentada. Me llamó especialmente la atención por el período que estudia: 1763-1810, época de un nuevo desarrollo de la minería, y en la cual se fundaron innumerables pueblos en toda Antioquia, algo que ni siquiera menciona. He aquí cómo resume sus conclusiones: “Fueron los límites y potenciales existentes dentro de su ambiente colonial los que forzaron a los antioqueños a seguir el camino empresarial, y no las diferencias étnicas o culturales, ni la pérdida de status, **ni la sangre judía o vasca**. La continuación de las inversiones antioqueñas en los siglos XIX y XX sugiere que, para finales del período de la Colonia, este “modo de estar” o adaptación a una realidad económica específica, se había transformado en un “modo de ser” o modo de vida que trascendía ahora las condiciones históricas que lo habían creado”.<sup>45</sup> (Subraya mía)

Que la adaptación a una realidad económica específica se hubiera transformado en un “modo de ser” o “modo de vida” que trasciende las condiciones históricas, suena muy bonito; pero, más que ofrecer una explicación, es lo que debe ser explicado. Y, que los límites y potenciales de su ambiente colonial

forzaran a los antioqueños a desembocar en empresarios modernos, no deja de ser igualmente algo que pide explicación. Niega, con razón, que la especificidad del antioqueño se deba a la sangre vasca, ya que el porcentaje de vascos que encuentra en el Medellín de la época era igual al del resto de Colombia, donde el desarrollo fue diferente. Pero, ¿por qué niega expresamente el influjo de “la sangre judía”, cuando de lo que se ha tildado siempre a los antioqueños es, precisamente, de ser judíos?

### 1.5 Otras caracterizaciones del pueblo antioqueño

Lo curioso es que, si más de un extranjero al llegar a Antioquia afirma que este pueblo es judío, también se da el caso de que muchos antioqueños son tildados de judíos cuando viajan al exterior. Esto es lo que comentaba en 1929 el Dr. Eduardo Zuleta: “No a uno, sino a varios hijos de Antioquia les ha tocado en Europa ser considerados como judíos. Un día, al llegar a Bayona, entró al tren en que iba Yo a Madrid una señora de un parecido extraordinario a una amiga mía de Medellín. Como la señora notó mi sorpresa, me miró con atención y, al cabo de algunos minutos, me dijo: creo que nosotros somos hermanos de religión, pues me parece que usted es israelita. Díjele que había nacido en un pueblo de Colombia, cuyos habitantes se creía

<sup>45</sup> Twinam, Ann, O. c., p 241



que eran de origen judío, pero que nada había podido demostrarse a este respecto. Cuando Ud. regrese de Madrid, me dijo, entre a Bayona y visite el barrio judío que quizás puede interesarle. Así lo hice y, cuál no sería mi sorpresa cuando noté la increíble semejanza de esos judíos con los antioqueños, y cuando supe que muchos de ellos tenían los mismos apellidos que hay en Antioquia”.

Casi a finales del siglo XX, el expresidente Belisario Betancur relata una experiencia personal similar en su discurso de ingreso a la Academia Colombiana de la Lengua, y la complementa con una nueva tesis de orden filológico. “Hablamos ladino, dice, hablamos el mismo español de los sefarditas en Constantinopla, en El Cairo, en Jerusalén”.<sup>46</sup>

Pero hay otras apreciaciones que es preciso resaltar. En 1947, Alfonso López Michelsen publicó un ensayo en el que insinuaba que la mentalidad del pueblo antioqueño, reflejada en su industrialización pujante y su influjo político (“el meridiano político de Colombia pasa por Antioquia”, decía su padre, el presidente Alfonso López Pumarejo), era producto de una moral calvinista, según la cual, tener grandes riquezas es señal inequívoca de predestinación, razón por la cual los antioqueños buscan enriquecerse a

toda costa. Años más tarde, un investigador del Valle del Cauca, Luis H. Fajardo, propondría algo similar para explicar el espíritu mercantilista del pueblo Antioqueño. En su tesis de la Universidad de Yale *La moralidad protestante de los antioqueños*, dice: “Cuando uno lee las descripciones de la familia antioqueña, se encuentra con una serie de características muy parecidas a las encontradas por Sombart en su estudio sobre la familia judía o por Max Weber en su estudio sobre las sectas protestantes”.

Aunque la gran autoridad del Dr. Emilio Robledo, corroborada por muchos de los Miembros de la Academia Antioqueña de Historia, entre ellos, el Dr. Luis López de Mesa, había prácticamente enterrado la tesis sobre el posible origen judío, a finales del siglo XX dos acuciosos investigadores la revivieron con profusión de argumentos. Se trata de Lucía Londoño de Franco con su obra *El Viaje de mis genes* y, sobre todo, de Daniel Mesa Bernal con las suyas *Polémica sobre el origen del pueblo antioqueño* y *De los judíos en la historia de Colombia*. Aunque no pueden aportar ningún documento fehaciente que constate la llegada de conversos en la Colonia, la comparación del grupo humano que se desarrolló en Antioquia con el pueblo judío, y en especial con el de los conversos sefarditas, los lleva a afirmarlo.

<sup>46</sup> Betancur, Belisario, *El lenguaje como expresión de la historia de Antioquia, en Declaración de amor del modo de ser del antioqueño*, p 177 sig.



## 1.6 Balance de todo lo anterior

Las tesis geográficas, sicológicas, sociológicas, económicas y filológicas tienen, sin duda, elementos importantes que no se pueden despreciar. Ahondar en ellas es de vital importancia para conocer esa alma tan recóndita del antioqueño, de todo el pueblo paisa. Menos acertadas parecen las de un ancestro vasco como determinante fundamental. Ya vimos cómo las rebate la propia Ann Twinam. Mucho más convincentes son las que nos hacen ver como judíos conversos o calvinistas o protestantes, aunque sólo sean parte de la explicación. Son aspectos étnicos y religiosos de gran trascendencia y que tocan las fibras más hondas del pueblo antioqueño.

La hipótesis del origen judío es muy antigua, y no fue sólo, como vimos, una invención de los bogotanos a mediados del siglo XIX, por envidia a los comerciantes antioqueños. Desde la Colonia se hablaba en Antioquia de la presencia de

“judíos, cristianos nuevos, conversos, tornadizos, marranos, portugueses, moros” y otros apelativos semejantes. El gran interés de muchos antioqueños por demostrar certificados de cristianos viejos (muchos de ellos comprados después de enriquecerse con el oro de estas tierras), radicaba, precisamente, en tratar de no ser tenidos por conversos. El escrito de Campo y Rivas, como vimos, es anterior a la Independencia y, por supuesto, a cualquier envidia bogotana.

Aunque durante más de un siglo y medio ha sido casi imposible encontrar documentos fehacientes que lo prueben, afortunadamente la moderna genética, una ciencia de alcances impredecibles, ha logrado encontrar el verdadero ancestro del pueblo paisa, que, como veremos, no es sólo judío, sino una amalgama maravillosa de troncos que conforman un mestizaje impresionante. Veamos el estudio del prestigioso Laboratorio de Genética Molecular de la Universidad de Antioquia, GENMOL.

